

Historias que inspiran y provocan risa: avatares de un texto sobre historia de Puerto Rico

Francisco A. Scarano¹

Universidad de Wisconsin en Madison

Asociación Puertorriqueña de Historiadores

Reunión Anual

Universidad del Este, Carolina

4 de noviembre de 2005

****Borrador. Por favor, no se cite ni atribuya sin el permiso del autor.****

La última vez que estuve en una reunión de la APH, hace tres años, tuve el placer de escuchar la conferencia magistral del historiador urbano Mauricio Tenorio Trillo, memorable por su sabiduría y erudición. Ésta de hoy no estará, por desdicha, a la altura de aquella, pues lo que quiero hacer hoy es contarles algunas de mis experiencias como autor de libros de texto de historia de Puerto Rico y a base de esas experiencias identificar un problema que nos atañe como historiadores y autores en el medio puertorriqueño de hoy.

Le escribí a Jorge Lizardi hace un par de meses pidiéndole un corto espacio en el programa de la APH para reflexionar sobre la relación entre la historiografía, la didáctica de la Historia, y la discusión pública en Puerto Rico. Me motivó una llamada telefónica de mi hermana que vive en Humacao, alertándome al hecho de que un comentarista

¹Department of History, University of Wisconsin-Madison, 3211 Humanities Building, 455 N. Park St., Madison, Wisconsin 53706. Correo electrónico: fscarano@wisc.edu.

radial (que también trabaja en televisión), Jorge Seijo, le había dedicado un segmento de su programa--no sé si el de radio o de televisión--a criticar mi libro de texto de historia de Puerto Rico para secundaria, titulado *Puerto Rico: una historia contemporánea*, publicado por McGraw-Hill Interamericana de México en 1999 y reimpresso con correcciones en el 2000. (No supe hasta el día de hoy la razón de su crítica.) Mi hermana estaba alarmada, además, porque según la fuente, el comentarista se había referido a mí con desprecio, cuestionando mi puertorriqueñidad, magullando la pronunciación de mi apellido y utilizando epítetos como "morón"--todo esto para referirse a alguien a quien él nunca siquiera había visto y de quién no podía saber casi nada. Supongo que entre la audiencia sus ocurrencias habrán provocado risa. Días antes, otra de mis hermanas--tengo tres, por dicha mis ojos y oídos en la Isla--me había llamado para decirme que en la conmemoración del aniversario de los asesinatos del Cerro Maravilla, un celebrante había hecho declaraciones sobre el mal estado de la educación histórica en Puerto Rico y como prueba de ello había señalado, con el objeto culpable en mano, que el libro utilizado en el 10mo. grado no mencionaba a tres figuras vitales de nuestro proceso histórico: Pachín Marín, que murió antes del período cubierto en el libro, Angel Esteban Antongiorgi y Carlos Muñiz Varela. (Me convencí luego de que el protestante había confundido un texto de secundaria con una enciclopedia.) Después de lo de Seijo le escribí a Jorge Lizardi porque pensé que el silencio había dejado de ser una opción para mí y porque al investigar un poco me enteré de que semanas antes esta figura de la radio y la televisión había despotricado en contra de un periodista mexicano que aunque vive y trabaja en Puerto Rico no tenía derecho, en su patriotería opinión, a escribir nada sobre nuestro país; y que, por hacerlo, se había merecido epítetos como "cucara-cha", "revuelcacatres" y otros por el estilo. Pensé que lo del periodista extranjero y lo mío no era tan diferente, que había un patrón en la exposición y en los motivos del comentarista, y que ambos casos algo iluminarían sobre el estado de la discusión pública acerca de la producción intelectual y cultural en el país.

En vista del tema que propuse, Jorge y los demás miembros de la junta directiva de la Asociación tuvieron la amabilidad de invitarme a dar la conferencia inaugural, sin duda porque pensaron, igual que yo, que el asunto de cómo se ventila en Puerto Rico la crítica historiográfica y la cultural más ampliamente merece una discusión en el seno de esta organización. Trataré de no defraudarlos. Verán, sin embargo, que mi charla de hoy, lejos de ser una disertación académica, es llana y está enfocada principalmente en la trayectoria pública del libro de texto para escuela secundaria. Al final plantearé algunas interrogantes, surgidas de esa historia pública del texto sobre historia de Puerto Rico, que considero útiles para empezar la discusión entre nosotros.

Quiero resistir de entrada la tentación de hacer una *defensa* de los dos libros de texto que he escrito sobre nuestra historia nacional para uso en las aulas universitarias y secundarias. Años después de su publicación, esos libros siguen siendo muy solicitados, indicio tal vez de que los profesores y alumnos los encuentran útiles. Tal vez se “defiendan” ellos mismos sin que tenga yo que hacerles una apología. Lamento, por qué no, que no se haya hecho una sola reseña de ninguno de los dos libros en revistas académicas, salvo por una que apareció en el *Latin American Research Review* hace unos años como parte de un artículo que reseñaba varias obras.² Tal vez el silencio se deba, en parte, a que en nuestro país no se estila reseñar libros de texto, por aquello de que el propósito didáctico de éstos tal vez riña con su objetivo científico y viceversa; o tal vez porque las reseñas de libros en sí mismas no ocupen en el medio intelectual y cultural puertorriqueño todo el espacio que merecen y por ello se quedan muchos obras sin reseñar. Sobre esto último me gustaría dialogar al final de mi charla. Por los próximos minutos quiero bosquejarles los avatares de uno de mis textos, *Historia contem-*

²Como se verá abajo, otra reseña del libro fue publicada en un periódico estadounidense, *El Nuevo Herald*, versión española del *The Miami Herald*.

poránea y reflexionar sobre la relación que podría estar dándose en Puerto Rico entre los estilos estridentes de la industria mediática y la difusión intelectual y cultural.

Dos libros, un mismo texto

De los dos libros en cuestión, uno, *Cinco siglos*, no ha sido--al menos que yo sepa--objeto de la burla y la crítica soez de ciertos llamados "expertos". El que se ha paseado a sus anchas por los programas bullangueros de radio y televisión es *Historia contemporánea*, el que se hizo para jóvenes de secundaria. Para ver cuán politizada ha llegado a ser la crítica de *Historia contemporánea* y cómo ese libro se ha convertido en una especie de pararrayos político, es necesario precisar la relación que guarda un libro con el otro. El proyecto del cual surgió *Puerto Rico: cinco siglos de historia* (el texto para universitarios, publicado en 1993) fue concebido originalmente como una contribución a la educación secundaria, no a la universitaria. Cuando ya había comenzado a redactarlo, por cambios en la dirección editorial de McGraw-Hill Interamericana, oficina de Puerto Rico, así como en el mismo paisaje educativo puertorriqueño, los editores y yo acordamos que sería mejor elaborar un texto universitario, del cual podría luego sacarse otro para secundaria si fuera necesario. Así fue que me dediqué a escribir una historia de Puerto Rico tal como la había enseñado en distintas universidades de Puerto Rico y los EEUU, y como todavía la enseño en las frías estepas de Wisconsin al menos una vez cada dos años. Si este texto ha contribuido en algo a la formación intelectual y patriótica de una generación de jóvenes puertorriqueños, de sobras se habrá cumplido el cometido. De todo lo que he escrito en mi carrera, ningún otro proyecto me ha dado tanta satisfacción.

A finales de los años ochenta y principios de los noventa, el currículo de historia de Puerto Rico en el Departamento de Educación estaba siendo sometido a cambios profundos. De esa revisión surgió la idea de concentrar el estudio sobre las sociedades aborígenes y la primera época colonial española en los grados primarios, el del siglo XIX en el nivel intermedio y el del siglo XX en la escuela superior. Esta división obedecía, al

menos en parte, a la creencia de que si se trataba de cubrir todo el proceso histórico en cada uno de los tres niveles, y sobre todo en el de secundaria, el curso de un año quedaría cronológicamente desequilibrado; acabaría por favorecerse el período español y dejaría de cubrirse el siglo XX como era debido. Así fue que, publicado ya *Cinco siglos* a manera de texto comprensivo de temática general, entró en vigor en el DEP un nuevo currículo según el cual el curso de décimo grado se concentraría en el período iniciado con la invasión estadounidense de 1898. Habría, claro está, una oportunidad para repasar la historia anterior, pero concluido ello en las primeras semanas, el resto del año se dedicaría a la historia contemporánea (o sea, a la historia de Puerto Rico después de Pachín Marín).

De McGraw-Hill se me acercaron a mediados de los noventa con el proyecto de adaptar los capítulos sobre el siglo XX de *Cinco siglos* al nivel de lectura y madurez intelectual de los estudiantes de secundaria, advirtiéndose en la propuesta que también habría que introducir en este libro muchas más ilustraciones y una batería de recursos didácticos y pedagógicos, tales como ejercicios, preguntas, cuadros, líneas de tiempo y otros por el estilo. Para hacer la adaptación lingüística y conceptual se contrató una catedrática de la UPR en Río Piedras cuya especialidad era precisamente la del aprendizaje de los estudios sociales e historia a nivel secundario. Entre ella y yo nos dimos a la tarea de adaptar los capítulos que en *Cinco siglos* tratan el siglo XX, siguiendo el criterio de *simplificar sin condescender*; es decir, que toda vez que fuera posible, mantendríamos el nivel de de complejidad interpretativa del libro universitario y ofreceríamos la misma base de datos históricos. Efectivamente, se simplificaron oraciones y párrafos, algunas secciones se condensaron y se multiplicó el número de capítulos al convertirse algunos acápites del texto original en capítulos enteros. En fin, que a pesar de las adaptaciones, *Cinco siglos* e *Historia contemporánea* siguieron siendo dos alas de un mismo pájaro. En todo aquello que a nosotros nos interesa ver en una narrativa histórica con fines didácticos--amplitud de la cobertura, balance, preguntas centrales perti-

nentes, reflejo de la historiografía más importante, sensatez interpretativa, estilo legible, etc.--, las dos obras son esencialmente iguales.

El libro para escuela secundaria se presentó en una licitación del Departamento de Educación, a la que acudieron, si mal no recuerdo, tres editoriales más con sus respectivos libros o manuscritos. Sobre este sensible punto de cómo se escogió en esta ocasión un libro de texto, nada menos que de historia patria, en una entidad tan politizada como sabemos que ha sido siempre el DEP, me toca decir algo porque ha sido la fuente de más de un malentendido, inspirado en la imaginación creativa y aun la mala fe de algunos críticos. Lo primero que es menester aclarar es que en el DEP--al igual que en otras dependencias del estado--hay niveles enteros y funcionarios sumamente politizados, pero otros que no lo están tanto, o por lo menos, que no deben sus puestos a que estén o no de acuerdo con la política del momento. Si no fuera así no existiría el DEP, porque quienes de veras saben manejar la cosa son los funcionarios de carrera, a quienes les abrigan ciertos derechos de veteranía y por ello permanecen en sus puestos no importa quiénes se arrimen a regir el sistema a resultas del último concurso electoral. Su pericia es tal que ningún favorito del secretario de turno podría dirigir un departamento sin contar con su trabajo. En el DEP que yo conocí en los años noventa, en el Departamento de Estudios Sociales trabajaban técnicos que no sólo manejaban sólidos criterios históricos y pedagógicos, sino que guardaban una prudente distancia de las editoriales y otras personas deseosas de darse a conocer y alcanzar el *inside track*. Por lo menos una de las técnicas de currículo tenía un doctorado en historia y llevaba largos años laborando en el DEP--por desgracia suya, de subalterna de personas algo menos capacitadas que ella. A los que luego tuve la oportunidad de conocer mejor, durante una gira de orientación a los maestros de las distintas regiones educativas que hicimos en el 2000, aprendí a admirarlos por su integridad, profesionalismo, calidad de trabajo y amor por Puerto Rico. También conocí brevemente a los que ocupaban puestos directi-

vos, más por lealtad política que por competencia, y no me parecieron poseer todas las cualidades que desplegaban los técnicos.

Cuando llegó la hora de decidir el libro que se pondría en manos de los estudiantes de décimo grado en las escuelas públicas, Estudios Sociales escogió un grupo de maestros de la región de Ponce--lejos de la posible influencia de intereses creados--y los puso a la tarea de evaluar los manuscritos presentados. Terminada su evaluación, el equipo hizo sus recomendaciones al DEP, que las siguió, porque el libro que recibió la mayor puntuación fue el mío y a éste fue al que el DEP consideró ganador de la licitación. Los técnicos de currículo del DEP hicieron algunas recomendaciones sobre diagramación y ejercicios, pero a mí nunca se me dijo que tenía que escribir tal o cual cosa, cambiar lo que ya estaba escrito o favorecer a uno u otro partido o ideología política en el texto o las ilustraciones, cosa a la que no hubiese accedido de ningún modo. Insinuar que el libro fue "de encargo" o que se hizo a la medida del partido político en el poder, como de sobra se ha dicho y publicado, no sólo injuria mi integridad y reputación sino que también pone en entredicho las de los técnicos de currículo, que cargaban la cruz de tratar de hacer una labor profesional en un ambiente cundido de la más perfecta *políticomediocridad*. Aunque parezca difícil de creer, en el DEP de la época oscura de Víctor Fajardo había gente que salía de sus trabajos con la cabeza en alto. ¿Y cómo no, si de lo contrario se habría desmoronado aquella organización tan corrupta e inepta en la cumbre?

Debido a que a la selección del libro no le siguió inmediatamente una orden de compra, por falta de fondos, el trabajo editorial quedó en suspenso. Transcurrieron *varios años* sin que se hiciera nada más con el libro. Hubo que lamentar luego que la decisión de llevarlo a imprenta se tomara demasiado aprisa cuando al DEP le llovieron los fondos de la venta de la Telefónica, y que en ese momento, por la prisa que de repente corría, a mí no se me diera la oportunidad de revisar y aprobar el libro en su totalidad. No voy a entrar en los detalles tristes de ese episodio; baste con señalar que

cuando yo ví el libro impreso por poco me da un síncope. No sólo habían quedado muchos de los errores tipográficos normales, por los que los autores suelen halarse los pelos, sino que en el proceso editorial se habían introducido sendos errores nuevos, algunos de ellos muy serios; la mayoría de éstos en los pies de ilustración que integraban casi todas las páginas y que habían sido escritos, en su mayoría, por una de las editoras a cargo. Los nombres de personajes históricos conocidos por todos aparecían mal escritos, ciertas fechas se habían tergiversado, un puñado de ilustraciones estaba fuera de época, y así por el estilo. Por dicha, la editorial asumió responsabilidad por los defectos y optó rápidamente por recoger la primera tirada y corregir la edición. Se le encargó el trabajo de revisión a un experto editor y en menos de un año, tras una excelente colaboración entre él y yo, reimprimimos un libro que satisfacía las normas de ambos. El DEP recibió un cargamento nuevo de esta segunda tirada, sin costo alguno.

Los politólogos a la carga

No fueron, sin embargo, esos errores tipográficos, editoriales y fácticos de la primera tirada de *Historia contemporánea* los que dieron base a una crítica, punzante por un lado, desleal y maliciosa por otro, que estuvo a cargo de dos conocidos “politólogos” del patio. Desde luego que los errores no ayudaron, pero no dudo de que si el libro hubiese quedado perfecto en todos los sentidos se habrían picado de la misma manera. Fue la suposición de que el texto había sido hecho por encargo del partido político y el gobernador en el poder (el PNP y Rosselló), que era un libro hecho a la medida del anexionismo, lo que verdaderamente hizo que Marcos Rigau, hijo, y Juan Manuel García Passalacqua le cayeran encima como hormigas bravas a lechuga nueva. El licenciado Rigau disparó el primer salvo, en una columna en *El Nuevo Día* en la que, tras legitimarse como profesor de historia de Puerto Rico a tiempo parcial en la Universidad del Sagrado Corazón, tronaba contra el libro por ser un artefacto “neocolonial”, una historia “simplista”, “versión contemporánea de la <Historia de Puerto Rico> de <Paul> Miller”, que resultaba ser más “triste cuando quien lo escribe es un puertorriqueño”. Nunca

supe si el distinguido abogado historiador había estado evaluando el libro para sus cursos universitarios--a los que no se habría adecuado un libro de secundaria--o si su reseña obedecía a otras motivaciones. Por el paralelo que hizo con la historia de Miller supuse que la peor falta, a su manera de ver, era que mi libro no daba a los puertorriqueños suficiente crédito por sus logros; pues, según Rigau--y digo, correctamente-- Miller le había acreditado todo lo bueno a los norteamericanos y lo malo....pues, ya ustedes saben, a los demás. El licenciado observaba, con razón, el exceso de errores-- "un catálogo de horrores", decía--, pero era evidente que su crítica se concentraba en un presunto desacuerdo interpretativo e ideológico: a la postre, mi texto de historia era para él demasiado didáctico y pecaba, quizás por esa misma razón, de no exaltar lo suficiente a las figuras cimeras, como Muñoz Marín. No era, pues, una historia para subir los ánimos de los estudiantes, sino una que podría hundirlos en la pesadumbre y la autonegación, o en aquél estado de solidaridad con el dolor ajeno al que Rafael Hernández se refiere en la célebre estrofa del *Lamento Borincano*:

¡Borínquen!, la tierra del Edén,
la que al cantar el gran Gautier,
llamó la Perla de los Mares,
Ahora que tú te mueres con tus pesares,
déjame que te cante yo también.

Es interesante observar que los tres errores identificados por el licenciado en la columna se referían a la historia del Partido Popular y consistían en poco más que fechas traspuestas. No se percató el distinguido abogado que en el libro se anotaban correctamente las fechas consignadas por él como errores--pero no en los lugares observados por el comentarista, sino en otros. Por ejemplo, decía Rigau que el año del nombramiento de Jesús T. Piñero a la gobernación se daba incorrectamente como el 1947. Hasta ahí estaba en lo cierto. No decía, sin embargo, que eran *tres* los pasajes donde se consignaba el evento y que en los otros dos (uno en el texto mismo y otro en un pie

de ilustración) el año se daba correctamente como 1946. De todo esto tuve que concluir que el licenciado profesor no podía haber leído el libro con el cuidado de rigor, pues de haberlo hecho no habría catalogado de "horror" algo tan evidentemente inocente.

La columna de Rigau, publicada el 23 de noviembre de 1999, dio inicio a un ciclo de críticas en medios que no acostumbran a abrir sus espacios al diálogo y el debate--y sembró, en este sentido, la semilla de esta conferencia. A golpes tuve que aprender las implicaciones de recibir latigazos en una prensa puertorriqueña abocada cada día más hacia los *ratings* y absolutamente desentendida de la reputación de la gente. Tan pronto como se publicó lo de Rigau llamé y escribí al editor a cargo de la página editorial de *El Nuevo Día* pidiéndole que me publicaran una respuesta. No hubo contestación, ni sí ni no; sencillamente se me ignoró. Pasaron varias semanas sin que me pudiera defender y si no hubiese sido por los buenos oficios de un compañero historiador, que en esos días había editado un suplemento especial para el periódico y se codeaba con su director, nunca hubiera podido explicar a los lectores de *El Nuevo Día* mi propia desazón con el libro defectuoso que lucía mi nombre en la tapa, así como la injusta caracterización de la obra como "neocolonial", un Miller para finales del siglo XX. Este amigo tuvo la amabilidad de hablar en el periódico para que se atendiera mi solicitud de publicar una respuesta a Rigau, la cual apareció, finalmente, a principios del 2000. Aunque parezca mentira, esa columna marcó el final de la fase *más honesta y profesional* de mi saga politológica. Estaba por comenzar mi visita al salón de los espejos, donde lo que es no es lo que se proyecta y donde si la verdad, como ha dicho el propio García Passalacqua en un momento de candidez, "no existe", entonces no hay por qué tenerle respeto.

Confieso que aunque paso mucho tiempo en Puerto Rico (ésta es mi 5a. visita en el 2005) no tengo la costumbre de escuchar a los comentaristas políticos que se han hecho de gran fama--y de altos *ratings*--por sus diatribas radiales y televisivas. De

hecho, a La Comay sólo una vez la he visto, que yo recuerde, y al licenciado García Passalacqua lo escuché en NotiUno igual número de veces--desde Madison en transmisión por internet. (Recuerdo que cuando ese día llamó "so pendeja" a una periodista del *San Juan Star* perdí el interés, me puse a leer emilios y se me quitaron las ganas de volver a sintonizar su edificante programa.) No tuve la oportunidad, pues, de escuchar al distinguido politólogo cuando dedicó partes de varios programas a comentar *Historia contemporánea*. Sé que lo que dijo fue devastador porque me lo relataron varias personas. Me imagino que sus notas radiales habrán sido por el estilo de las que luego profirió en una columna en dos partes publicada en *En Rojo* bajo el título de "La historia que NO es: los 50 errores del texto de Scarano" y a las que me referiré en unos momentos. Pero hasta ese entonces del licenciado yo había leído varios libros e incluso en *Cinco siglos* había usado un esquema suyo que me había parecido útil para explicar el desencanto del gobierno estadounidense con la colonia puertorriqueña en los años ochenta. En una visita que hizo a Madison, invitado por un grupo de estudiantes, me habían impresionado su sagacidad y la ocurrencia de sus intuiciones políticas.

Hasta el 1999, en efecto, mis contactos con García Passalacqua habían sido muy positivos. Tal vez porque no se habían escrito reseñas profesionales de *Cinco siglos*, estaba muy orgulloso de una columna suya publicada el 28 de junio de 1993 en *El Nuevo Herald*, versión española de *The Miami Herald*, copia de la cual me había llegado por un conducto familiar. En esa columna-reseña, titulada "Un Nuevo Texto de Historia **para** Puerto Rico," comenzaba refiriéndose a diversos libros de textos que se habían publicado recientemente y acotaba que el mío era "un texto para nuestros tiempos" y "un verdadero hiato en la historiografía boricua". Entraba en detalle sobre qué de un nuevo había en este texto y por qué el 1993--año del plebiscito--era "el año para leer este libro". Observaba que en el uso de una veintena de conceptos se presentaba "una visión fresca en el análisis de nuestra historia" y exhortaba a sus lectores a que lo leyeran porque "les va a fascinar la lectura de esta Historia de Puerto Rico". Y concluía:

Es <el libro> en realidad un planteamiento sobre nuestra naturaleza como pueblo con el que se podrá coincidir o disentir, pero es uno que nadie que se interese por saber cómo debe votar en noviembre puede ignorar. Aquí están nuestras contradicciones y aquí está nuestra supervivencia como pueblo. Ese valor, esa supervivencia, nuestra nacionalidad, recibe en este texto un verdadero homenaje.³

Sobra decir que me sentí complacido con todos estos juicios y con la manera respetuosa de discrepar de los míos. Algún tiempo después, en nuestro apartamento de Fajardo y en medio de un grato compartir entre parejas, don Juanma me halagaba una vez más al decirme que a él le había gustado tanto el libro que a cada uno de sus tres hijos le había comprado un ejemplar--en pasta dura.

En ninguno de estos contextos el licenciado García Passalacqua había dado señal alguna que me preparara para el encono con el que arremetería luego contra el mismo material, las mismas interpretaciones--en fin, el mismo libro--cuando lo tildara sin fundamento como el *texto de Rosselló* porque el DEP había adoptado una versión del mismo para el curso del décimo grado. Nada, en fin, me había preparado para comprender el profundo desprecio por la verdad que el comentarista había desarrollado a través de los años y la osadía con que solía vituperar ese desprecio en sus programas y escritos.

No voy a repasar aquí todos los detalles de la controversia entre García Passalacqua y yo porque sin duda les aburriría. Tal vez algunos de ustedes recuerden el debate con precisión. En líneas generales yo lo viví de la manera siguiente. Una mañana en NotiUno el licenciado tronó en contra de *Historia contemporánea*, tachándolo de encargo político y patraña penepé. Enterado de estos comentarios, pensé que debía ser un malentendido que sería factible dirimir. Desde Madison le envié una carta en la que detallaba la manera en que el libro había sido seleccionado, entre cuatro opciones, quiénes habían emitido el juicio decisivo (el equipo de maestros de la región ponceña),

³Juan Manuel García Passalacqua, "Un nuevo texto de historia para Puerto Rico", *El Nuevo Herald* 28-VI-1993, p. 9A.

el alto grado de profesionalismo que había visto en los técnicos de currículo de Estudios Sociales, etc., etc. Le expliqué por qué la primera tirada había salido tan defectuosa e indiqué que muchos de los errores más crasos habrían de corregirse urgentemente en la reimpresión. Su respuesta no se hizo esperar: en vez de rectificar su error, *me agradecía el haber confirmado sus sospechas!* Me cuentan que en el próximo programa radial se refirió a mi carta y en tono exaltado había dicho que “¡ahora sí tenemos pruebas sobre la tramoya del texto de Scarano!” Sí, y allá en el País de las Maravillas, Alicia me apretaba la mano.

El segundo golpe bajo del connotado politólogo lo recibí en las páginas de *En Rojo*, en dos columnas tituladas “La historia que NO es: los 50 errores en el texto de Scarano”, refiriéndose en todo momento no a *Cinco siglos* sino a *Historia contemporánea*. En tono irrespetuoso, con el desprecio que sólo alguien que se haya autodenominado “antihistoriador” podría sentir, García Passalacqua detallaba en su diatriba los cincuenta presuntos errores de un libro prácticamente idéntico al que él había realizado como “un texto para nuestro tiempo” y “un homenaje” a la nacionalidad puertorriqueña.⁴ Sorprendido de que se hubieran encontrado en mi libro tantos descuidados, leí con cuidado el artículo y confronté con el texto los presuntos vicios. De ese cotejo escribí una larga refutación, punto por punto, en 20 páginas a espacio sencillo, de los alegatos del politólogo, documento que nunca vio la luz porque sencillamente no había dónde publicarlo. Al igual que la columna de respuesta a Rigau, no tenía valor de noticia ni poder de *ratings* el que un profesor residente en el exterior se defendiera de comentarios infamatorios y libelosos, hechos por un comentarista cuyo carisma comercial se basaba en faltarle el respeto diariamente no sólo a sus enjuiciados sino también a sus radioescuchas, incapaces, por lo visto, de apreciar otro lenguaje que el de vulgari-

⁴Eliezer Ríos Camacho, “Juan Manuel e Ivonne Acosta, unidos por el saber”, *El Vocero*, 30 de abril de 2005.

dades y malas palabras. No había--no hay--en Puerto Rico un vehículo apropiado para rebatir semejantes malabarismos periodísticos. Y eso, diría yo, es un problema, no sólo para autores de libros de texto de historia sino para cualquier intelectual o trabajador de la cultura, sobre todo en estos tiempos de la comunicación en masa monopolizada cuyo motor fundamental es el de los sondeos de audiencia, los infames *ratings*.

Leer el artículo de *En Rojo* y confrontarlo con el texto que yo escribí fue para mí como encontrarme de repente en el salón de espejos de un circo barato como los que solían visitar a Humacao cuando me criaba. A la postre, de los alegados cincuenta errores, tres eran datos menores que habría que precisar o corregir y *cuarentisiete* no eran tales, sino diferencias de criterio entre él y yo o alegatos que el texto desmentía sin posibilidad de equivocarse. Esto último fue el trago más difícil: casi como si no hubiera leído el libro, o si sólo se hubiera fijado en los acápites, y no en el texto mismo, el crítico negaba una y otra vez lo que estaba en blanco y negro sobre el papel. *Que* la periodización del siglo XX puertorriqueño es "simplona", decía, porque se dividía el siglo veinte en cuatro períodos; pero en ningún sitio se periodiza el siglo en su totalidad ni se habla de cuatro épocas, sino que cada capítulo tiene una periodización particular. *Que* se alega, decía, que la invasión estadounidense fue exitosa debido a los informes de los "separatistas anexionistas", pero en el libro sólo se dice que los datos suministrados por éstos *facilitaron* la invasión, no que fueron la única razón de su éxito. *Que* no se discuten las negociaciones sobre el Tratado de París, cuando se le dedica una página completa al acuerdo y se observa allí que "se sabía de antemano que Estados Unidos proyectaba quedarse con Puerto Rico como 'premio' por sus 'sacrificios' en la guerra... El futuro del 'Puerto Rico americano' no era materia de negociación."⁵ *Que* el racismo de los invasores "se reduce en este texto a 'un testigo de la invasión', silenciándose su significado a largo plazo; cuando en el libro se discute el prejuicio racial que sentía "la

⁵ *Puerto Rico: una historia contemporánea*, 132-33.

mayoría de los estadounidenses” hacia los puertorriqueños y se distingue entre las ideas que sobre la superioridad norteamericana tenían algunos puertorriqueños y las que profesaban los norteamericanos, cuyo proyecto era acaparar y dominar. *Que* “la americanización de la economía se aduce a que nos favoreció”, cuando lo que dice el texto es que con el triunfo de la economía de plantación el país vive una contradicción: crece la economía (se desarrollan las fuerzas productivas) pero aumenta la miseria (p. 159). Antes al contrario, el capítulo sobre la economía de las primeras décadas del siglo XX hace énfasis en la pobreza y explotación que padecen la mayoría. *Que* al señalar los logros, bastante cortos por cierto, en materia de salud pública y educación, se invita al estudiante “a minimizar el asalto que pauperiza a todo un pueblo porque a pesar de todo le sacaron las niguas y abrieron escuelas para sus abuelos” y “subliminalmente se invita a una cañaveralización de esclavos”; cuando toda mejora siempre es discutida en el contexto de los retrocesos, y en el capítulo sobre la condición social y humana durante la Gran Depresión se hace un inventario de las enfermedades endémicas en la población y se observa el enorme contraste que marca Puerto Rico en el renglón de la salud pública con la mayoría de los países del hemisferio, pese a que ahora era colonia del país más rico. *Que* “la resistencia de los nativistas a las turbas republicanas se ignora”, añadía en otra ocasión, cuando en el libro se señala que “algunos grupos afiliados a los federales tomaron represalias contra las personas y propiedades de los republicanos” (206-07) *Que* es una “subliminal tramoya” discutir las ideas de Matienzo Cintrón sobre la “degeneración” del pueblo puertorriqueño, pues los estudiantes llegarán a creerse ellos mismos degenerados. (¡Vaya cumbre del sicoanálisis!) *Que* a Muñoz Rivera sólo se le atribuye su creencia de que la independencia no puede realizarse, cuando el libro muestra la complejidad de la ideología muñocista en relación con la independencia y sus alternativas, todas ellas consideradas por él como “posibles”, pero unas más que la otra. *Que* se resalta a Santiago Iglesias pero no a Luisa Capetillo, cuando ésta aparece en tres ilustraciones (con sus respectivos pies de ilustración) y

protagoniza una larga discusión sobre el feminismo obrero. *Que* no se menciona a Lloréns Torres como fundador del Partido de la Independencia, cuando en la pág. 216 se apunta que entre los fundadores del partido estaban “Rosendo Matienzo Cintrón, Manuel Zeno Gandía, *Luis Lloréns Torres*, Eugenio Benítez Castaño, y Pedro Franceschi”.

De todas las distorsiones y falsificaciones que conforman el grueso de la columna de *En Rojo*--las que acabo de repasar las he tomado de la primera veintena de “errores” y de las primeras ocho páginas de mi respuesta--, ¿qué más puede decirse? Me viene a la memoria la célebre frase de Roberto “Mano de Piedra” Durán al borde de la ignominia pugilística: “¡No más!” No porque le tema a los golpes, sino porque creo que otro pudo haber sido el curso de esta controversia si hubieran existido los medios para responder a un ataque vicioso de este tipo. En este segundo turno con mis capítulos sobre el siglo XX, don Juanma no sólo se sirvió con la cuchara del rencor sino que le faltó el respeto a los lectores de *En Rojo* que, por no tener cómo confrontar ellos mismos los alegatos con el libro, no podrían decidir qué era verdad y qué no lo era--dónde terminaba ésta y empezaba la tergiversación o la mentira. Es verdad que los editores de *En Rojo* fueron amables y me publicaron en seguida una respuesta breve. Pero como no pude en ese espacio impugnar las distorsiones y falsedades divulgadas, el daño ya estaba hecho. Envié la respuesta larga a varios amigos y parientes--o más bien *dolientes*--y me quedé con las ganas de reclamar.

Los excesos en los medios y el debate intelectual: varias preguntas y una exhortación

Para los historiadores que trabajamos en o sobre Puerto Rico, o para los académicos más ampliamente, ¿qué de aleccionador hay en esa historia de diatribas disfrazadas de auténtica crítica y consumidas tal cuales en los medios, en los que raras veces se provee para rebatirlas o condenarlas? ¿Cómo se afectarían el quehacer historiográfico y la difusión del saber histórico si el programa radial o televisivo, cargado de insultos y acusaciones falaces, llegase a desplazar la discusión pausada y respetuosa sobre cómo

interpretar y representar el pasado? Específicamente, ¿qué consecuencias podríanse obtener para la investigación y la enseñanza de la Historia? De seguir la tendencia al desplazamiento del epicentro del debate histórico--y de la difusión pública de la producción intelectual--hacia una industria mediática abocada cada día más a los *ratings*, ¿qué podría significar para la el quehacer del historiador? ¿Se alterarían de alguna forma nuestra praxis y nuestra relación con el público? Y ¿tocaría a la Asociación Puertorriqueña de Historiadores y organizaciones semejantes asumir algún papel en ello, siquiera para procesar y asimilar los cambios?

No tengo respuestas a esas preguntas. Ni siquiera sé si son importantes o legítimas. Reconozco que mi perspectiva tal vez esté empañada por la naturaleza cuasi pública de un libro de texto que asume, sin quererlo, la (i)legitimidad del estado. *Historia contemporánea* ha sido y seguirá siendo, como he dicho, una especie de pararrayos; y con las consecuencias de eso estoy dispuesto a vivir. Ahora bien, las obras monográficas, ¿escaparán la misma suerte? ¿Llegará el momento en que la cacofonía estridente de *las comays*, el juicio fulminante de “ino sea morón!” o la crasa acusación de “so pendeja” se hagan sentir decisivamente en el ruedo intelectual y cultural en el que nos compace compartir ideas y debatir entre nosotros?

Si esto puede parecer alarmista en exceso, no dejen de leer el *blog* que a unos comentarios de Jorge Seijo dedicara recientemente el periodista de *El Nuevo Día*, Manuel Clavell Carrasquillo. Por la osadía de comentar sobre la controversia póstuma de Enrique Laguerre y el Instituto de Cultura, el periodista de origen mexicano, Mario Alegre Barrios fue fustigado sin piedad por Seijo en el programa Primera Hora.⁶ Ninguno que no haya nacido aquí tiene el derecho a comentar sobre este asunto, decía, tilando a Barrios de poco más que una sabandija fuera de su malla. Indignado por la

⁶Manuel Clavell Carrasquillo, **El periodismo puertorriqueño y el nacionalismo cultural: Jorge Seijo y el traqueteo periodístico boricua con la cuestión nacional**, http://estruendomudo.blogspot.com/2005_06_01_estruendomudo_archive.html.

exclusión ultranacionalista, Clavell Carrasquillo no pierde tiempo en llamar a filas a sus compañeros periodistas, diciendo que “la Asociación de Periodistas de Puerto Rico es el foro pertinente para discutir estas cuestiones que ocurren muy a menudo en el seno de nuestro gremio profesional y que muy pocas veces son discutidas en los foros en que laboramos”. Es decir, que al gremio sí le toca intervenir en estos asuntos, pues el no hacerlo sería ignorar los fantasmas que los mismos periodistas han alimentado. He aquí su dictamen:

La Asociación de Periodistas de Puerto Rico, como foro gremial dedicado a la discusión de los problemas que surgen en el seno de la profesión no puede permanecer como si nada hubiese pasado. Los desórdenes del nacionalismo cultural tocan a nuestras puertas, ¿estamos preparados para enfrentarlos? Ante la ceguera y la negación que nos caracteriza a la hora de encontrarnos cara a cara en medio de la noche con los fantasmas que hemos ayudado a alimentar con nuestras palabras, repito: que hemos ayudado a sacar de las tumbas con NUESTRAS PALABRAS, me temo que no. Ojalá me equivoque.⁷

Los historiadores también hemos alimentado fantasmas--los ultranacionalistas, por qué no, los ultramarxistas, los ultracreídos, los ultraincrédulos y los de muchas otras estirpes *ultra*. Algunos de éstos han empezado a tocar a nuestras puertas y nos hemos portado, al igual que la mayoría de los periodistas, como si no escuchásemos nada. Al igual que aquellos, hemos ido dilatando la cosa, a ver si los espantajos se desilusionan y se van con su música a otra parte. Tal vez sí, tal vez no; habrá que ver si se cansan de la Historia y la cogen con otra disciplina.

Eso sí, que una cosa quede clara: nada nos eximirá de la lógica del capital que domina cada vez más la difusión pública en Puerto Rico, como en muchos otros lugares. La industria mediática abriga en su propia lógica financiera una tendencia a llenar espacios culturales mal apertrechados por quienes los hemos ocupado tradicionalmente. Está por verse si el que ocupamos los historiadores será uno de esos nichos con los que saciará el gran capital mediático su ansia de rentabilidad. Por no haber rendido aún el

⁷Ibid.

jurado su veredicto, sólo se puede afirmar que hasta el momento la Historia sí ha generado valor en los *ratings*, aunque es evidente que su potencial de hacerlo es mucho más limitado que el de la chismografía política o el patriotismo a ultranza en esta época de hervor cultural nacional. Quizás por ello sea ésta la hora en que nosotros debamos empezar a dialogar sobre cómo mantener un debate de altura entre nosotros y, a la misma vez, cómo proyectarnos hacia nuestros interlocutores más allá de los muros universitarios en el mismo tono firme pero respetuoso que caracteriza reuniones como ésta. No tenemos que correr hacia esa discusión, pero sí, me parece, deberíamos encaminarnos hacia ella sin demora.

Muchas gracias.